



REVISTA QUINCENAL DE EDUCACION Y RECREO.

DIRECTOR: D. CARLOS FRONTAURA.

RETRATOS INFANTILES.

RALLÁBAME el verano último en un pueblecito del Mediodía de Francia, y tuve ocasion de saber un incidente, que me parece oportuno referir á los lectores de Los Niños.

En las risueñas inmediaciones de aquel pueblo vive, en una preciosa quinta, un venerable anciano, cuyo nombre inspira gran respeto en toda Francia. Este anciano tiene un nieto, que se educa en París, y todos los veranos vá á pasar un mes en la residencia de su abuelito. Es inteligente el muchacho y listo como pocos, pero tiene algunos defectos graves, ó mejor dicho, tenía, porque supongo que ya se habrá corregido enteramente: era aturdido, pedantuelo y soberbio.

Frecuentemente, Gustavo, que así se llama, bajaba al pueblo, guiando un vehículo, y se divertia en echar cuartos á los chicos para que éstos, por cogerlos, se tirasen al suelo, se pusieran perdidos de lodo, y riñeran, disputándose las miserables monedas. Un día que se hallaba Gustavo en la plaza del pueblo, con su fusta en la mano, y arrojando con la otra monedas á los chiquillos, á los que, además de las monedas, solía dar algun que otro latigazo, que así se divertia el angelito, sucedió que dos de los chicos, por una moneda de cinco céntimos, riñeron de tal manera que uno quedó con la cabeza rota, y otro recibió una puñada en un ojo, que milagro fué no le perdiera en aquel punto. En medio de la pelea, que tanto divertía

al señorito, llegó un anciano mal vestido, que apenas podía andar, y con grandes esfuerzos logró separar á los chicos. Y luégo, encarándose con el señorito, reprendióle con buenas, pero severas palabras, su proceder, diciéndole que si quería hacer obras de caridad, diera á los pobres con buenos modos su dinero, y esto, además de ser meritorio á los ojos de Dios, no daría ocasion al hecho triste de reñir los niños del pueblo, que debían amarse como hermanos, y no les humillara con aquella singular costumbre de arrojarles monedas para que se arrastraran por el suelo, mientras él se divertía arrimándoles latigazos.

Gustavo, al oír la reprension, delante de mucha gente, montó en cólera, le cegó la soberbia, y levantó el látigo para castigar al anciano, pero, rápido como el pensamiento, un hombre del pueblo le arrancó el látigo, impidiéndole cometer la más vil accion, que hubiera sido remordimiento eterno de su conciencia.

Gracias al respeto que el pueblo entero profesaba al venerable abuelo del insolente niño, éste pudo volver sano y salvo á la quinta; pero no tardó mucho en llegar á noticia de aquél todo lo ocurrido.

El anciano sintió profundamente la accion de su nieto, nada le dijo, disimuló su justo enojo y se propuso darle una leccion y desagraviar al pobre viejecito á quien Gustavo había in-

tentado cruzar la cara con el látigo.

El domingo siguiente, el chico se disponia á salir en el cochecito, bien que no pensaba volver al pueblo, pero su abuelo le llamó, y le dijo:

—Hoy te necesito aquí, porque tenemos convidado á un hombre ilustre á quien deseo conozcas. Es un hombre á quien respetan muchos de nuestros compatriotas que han llegado á los más altos puestos; es un hombre que ha trabajado constantemente en beneficio de la humanidad, y que viene hoy aquí á hacerte el mayor de los beneficios. Yo voy abajo, al cenador del jardin, añadió el abuelo, y te llamaré cuando venga la honrosa visita que espero, ese hombre respetable, á á quien he enviado el coche como una pequeña muestra de la consideracion que merece.

Media hora despues, Gustavo, llamado por su abuelo, encontraba en el cenador al hombre del pueblo que le impidió cometer la gravísima falta de respeto al anciano, y á éste, que ni se atrevía siquiera á sentarse, cediendo á las instancias del abuelo de Gustavo.

Este hubiera querido huir, pero no pudo.

El noble personaje, visiblemente conmovido, expuso al viejecito que su nieto, arrepentido de aquella mala accion, iba á pedirle perdon, así como tambien á dar gracias al hombre de bien que habia oportunamente dete-

nido su brazo, cuando intentó comerla.

Y no hubo más remedio; el sober-

bio Gustavo hubo de pedir perdón al viejo, poniéndose de rodillas, aunque el viejo lo quiso evitar, y besán-



dole la mano; y luego, en la comida, al lado del viejo le hizo sentar su abuelo, para que le atendiera y sir-

viera. No dejó el noble personaje marchar á sus huéspedes; los dos fueron alojados en la casa durante

una semana, y Gustavo les acompañó constantemente, de orden de su abuelo, y con ellos paseó en coche y con ellos fué al pueblo, para que todos vieran que el niño soberbio y pedante había variado de conducta, y cuando otro día volvió al mismo pueblo, llevó todo el dinero que su abuelo le tenía reservado para hacerle regalos, y le entregó al señor cura, á fin de que le distribuyera entre familias necesitadas.

¿Sabeis quien era el ancianito á quien tan torpemente agravió Gustavo?... Pues era el que más de cincuenta años habia sido maestro de escuela en varios pueblos, contando, entre los que de él habian aprendido los primeros conocimientos, muchos que, andando el tiempo, han llegado á ser verdaderas ilustraciones de su patria. Esta circunstancia hacia más grande el atentado cometido por Gustavo, porque un maestro, hijos míos, debe ser para los niños tan sagrado como un padre, por que, despues del padre, el maestro es el que más

respeto merece, el que más beneficios hace al niño, el que, por enseñar á los niños, por ejercer esa profesion tan importante, renuncia á muchas ventajas, y se resigna á una existencia penosa, pues nadie está ménos retribuido, nadie tiene más abnegacion, nadie dá pruebas de mayor humildad que el maestro de escuela. Él abre los horizontes del porvenir á los tiernos niños que están á su cuidado, y para él no hay otro porvenir que la pobreza, y para algunos maestros, la honrada pobreza áun seria una felicidad, porque suelen, despues de largos años de labor y de fatiga, verse en la miseria.

Este articulito se ha hecho demasiado largo, y no caben ya en el número los *Diálogos de niños*, pero los habrá en el siguiente, que hé de contaros cómo mis vecinitos vinieron á pedirme explicaciones por haberme atrevido á referir públicamente lo que dicen y lo que hacen.

CÁRLOS FRONTEIRA.

LA ORTIGA.

UÉN de vosotros, mis queridos niños, no conoce la ortiga? ¿Hay alguno que, al ir á coger una flor campestre, no haya sentido en sus manos el escozor producido por los innumerables pelitos que cubren las hojas y los tallos de esa planta, una de las más comunes entre

las que crecen en los terrenos incultos? ¿Cuántas veces habreis oido á vuestros padres deciros casi asustados:—«No toqueis esa planta, es una ortiga!

¡La ortiga! ¡qué planta más comun, más vulgar, más poco aristocrática! direis vosotros.

¡Ay, amiguitos míos! La ortiga cuenta entre los individuos de su familia distinguidísimos personajes, cuyos frutos habreis saboreado con delicia más de una vez, personajes que yo tendré el gusto de presentaros uno despues de otro, y que, de seguro, se avergüenzan, si es que las plantas pueden avergonzarse, de llevar el apellido de la humilde y utilísima ortiga.

Esta se venga del desprecio con que es mirada, irguiendo sus tallos sobre las ruinas de las pasadas grandezas. ¡Cuántos magníficos palacios, cuántos soberbios castillos, morada un tiempo del fausto y los placeres, han desaparecido y desaparecen cada día bajo una verde capa de ortigas!

La ortiga, tan humilde y despreciada como la veis, es el tipo de toda una familia, y de las más importantes del reino vegetal: de la familia de las *urticáceas*. Y aquí viene, como de molde, la presentación de los individuos de la misma.

Uno de estos, y sin duda el más conocido de vosotros, es la higuera, cuyo fresco y delicioso fruto es tan grato y tanto os gusta.

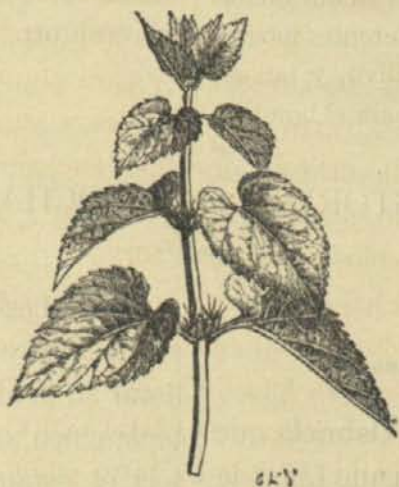
La morera, ese árbol con cuyas hojas se alimenta el gusano de seda y con cuyo fruto os habreis regalado más de una vez, es otro de los miembros de la familia de las *urticáceas*.

El arbusto que produce la pimienta y que se encarama por el tronco de los árboles como la hiedra, pertenece también á

la misma familia. Todos conoceis los pequeños granos redondos y negros de la pimienta; lo que tal vez no sepais todos, es que esos granos sirven de moneda en algunos pueblos de África, entre otros en Abisinia.

De la familia de las *urticáceas* son también: la morera *papelera*, con cuya corteza se fabrica el tan celebrado papel de China; el *palo de Vaca*, cuya sávia tiene el mismo sabor de la leche, con la que presenta tantas afinidades, que se emplea como ésta

en la elaboracion de quesos; el *ficus elastica*, nombre que han dado los sábios á la higuera, cuya sávia, coagulada al aire libre, no es otra cosa que el *cautchouc* ó goma elástica, que tantas aplicaciones tiene hoy día, y el *bananero* y el *árbol del pan*, cuyos frutos son un gran recurso para la alimentación de los habitantes de una gran parte



del Nuevo Mundo.

Hasta ahora sólo os he hablado de los miembros útiles, de los que podríamos llamar buenos muchachos de la familia de la ortiga; pero, así como en la familia humana hay algunos individuos perversos, así también en la de las *urticáceas* hay uno, el *antiara-upas*, de Java, cuya sávia es uno de los venenos más activos que se conocen. Los salvajes de aquella region mojan en esta sávia la punta de sus flechas para envenenarlas.

Ya conoceis las propiedades de la mayor parte de los miembros de la familia de la ortiga, mas nada os he dicho todavía de

las de ésta, que las tiene, y grandes por cierto.

La ortiga, por más que no lo parezca, es una planta alimenticia é industrial á la vez. Los antiguos egipcios fabricaban con las fibras de sus tallos, preparadas como las del cáñamo, muy buenos tejidos, y hoy se trata muy sériamente de resucitar aquella antigua y provechosa industria. Como planta alimenticia, la ortiga constituye la base principal de la alimentacion de los pavos; cocida, es muy apetecida de las vacas, cuya leche aumenta y mejora de un modo considerable; preparada de diferentes modos, es un alimento sano, nutritivo, y tan sabroso como las espinacas, para el hombre.

Si la ortiga escasease, si fuese una planta rara, la pagaríamos á peso de oro, y no habría mesa de poderoso en que no reinára como soberana; teniéndola, como la tenemos, en abundancia, hasta las personas más necesitadas la desprecian y no hacemos el menor caso de ella.

¡Y á tan poca costa que podría cultivarse y tan buenos servicios como podría prestar á nuestra clase campesina!

Pidamos, mis queridos niños, la rehabilitacion de la ortiga, que puede figurar sin desdoro al lado de nuestras más succulentas verduras.

CELSE GOMIS.

HISTORIA DE UN OCHAVO.

II.

¿Quién era Luisa?

SORPRENDIÓLE á D.^a Gabriela que su marido le dijera que Luisa le convenia, pues jamás intervenia en cosa alguna que al gobierno de la casa se refiriera; y por lo mismo que aquellas palabras no sólo eran una excepcion, sino casi un fenómeno, tomó á su servicio á la jóven, que desde el primer momento le fué simpática, y á la que acabó por profesar verdadero cariño; cosa que no es de extrañar, porque Luisa se esmeraba en complacer á sus señores; y luego, era tan desgraciada, que fuera necesario tener corazon de bronce para no compadecerla.

De los besos y caricias maternas solamente recordaba lo bastante para llorar su pérdida, y nada más. Cuando tenia cinco años, una noche despertóla el estampido de un trueno; espantóse y dijo:

—Madre, tengo miedo.

—Duerme, hija mia, que Dios ampara á las niñas buenas.

Cerró los ojos y no tardó en conciliar el sueño, pero al poco rato volvió á despertarla otro trueno más fuerte que el primero.

—Madre, repitió: tengo miedo.

—Duerme, hija mia, que la Virgen vela por nosotros.

Los truenos se fueron sucediendo, y como las ventanas tenían rendijas, Luisa veia á través de ellas los res-

plandores de los rayos. Echóse á llorar y su madre la abrazó procurando ahuyentar el miedo con sus besos. La tempestad rugia y la niña preguntó:

—Madre, ¿son los lobos?

—Nó, hija mia: es el aire.

Como las ventanas y las puertas crujieran, Luísa dijo:

—Madre, ¿quién empuja la ventana? ¿Son los hombres malos?

—Nó, hija mia: es el viento.

—¿Qué quiere el viento?

—Que le abramos la puerta.

—¿Por qué quiere entrar el viento?

La madre no supo que contestar de momento, pero luégo dijo:

—Porque está lloviendo y se moja.

—No abras, madre, que el viento me espanta.

Al calor de la madre la niña se tranquilizó. Despues de Dios, no hay como la madre para inspirar confianza, porque hay en ella algo divino: el amor. El amor de madre es amor del cielo: en el del hijo, en el del esposo, puede haber algo de egoismo. En el de la madre todo es sublime. Ama para amar.

Llovió durante toda la noche, y durante toda la noche cayeron rayos, y rugió el trueno, y el viento forcejeó con la puerta y las ventanas, con tanta violencia que Luisa preguntó con mucha frecuencia á su madre:

—¿No es verdad que no permitirás que el viento entre en casa?

—Nó, hija mia, le contestaba su madre.

Al amanecer cesó la tempestad y brilló en el horizonte un sol hermoso, que parecia la sonrisa de Dios que alienta al hombre en las tempestades de la vida. La niña, que habia estado despier-ta casi toda la noche, quedóse profundamente dormida en cuanto cesó la tormenta, y tuvo sueños agradables, sueños de inocencia que revolotean alrededor de la cama con alas de mariposa; y mientras Luísa sonreía, sus padres lloraban: y eran amargas, muy amargas sus lágrimas, porque la tempestad habia destruido la cosecha y un rayo habia matado la vaquita, que representaba su riqueza. Habian cerrado los ojos seguros de tener pan para el invierno, y al despertar se encontraban con la terrible cara de la miseria. Y como ellos, lloraban los vecinos, mientras los niños soñaban y sonreían.

Era imposible vivir en el pueblo. Los padres de Luísa tomaron una resolución desesperada, pero la única posible; y muchos otros tambien la tomaron: abandonaron el pueblo, aquel pueblo donde habian nacido, que guardaba los restos de sus antepasados; aquel pueblo donde habian recibido el agua del bautismo y cuyas campanas habian cantado sus alegrías y llorado sus tristezas. Pero no habia otro recurso, sino querian exponerse á morir de hambre. ¿A dónde iban? No lo sabian al salir del pueblo. Antes de

marcharse fueron á la iglesia y rezaron con fervor. Despues se dirigieron al cementerio á despedirse de los que dormian el sueño eterno. ¡Adios! les dijeron. Luego se marcharon. Cuando Luisa se cansó, su padre la tomó en brazos; despues su madre. Antes de perder de vista el pueblo, se volvieron y le miraron. La madre nada dijo porque vió una lágrima en los ojos de su marido. El padre guardó silencio porque vió una lágrima en los ojos de su esposa. La primera noche de su destierro la pasaron bajo techado, pero muchas durmieron teniendo por cama el suelo. La madre convertia su brazo en almohada para que Luisa durmiera con alguna comodidad; porque las madres, hasta en medio de la mayor miseria, siempre hallan la manera de aliviar la de sus hijos, aunque sea aumentando la propia.

No podia fijar Luisa cuanto tiempo anduvieron errantes, comiendo el duro pan de la desgracia, que ablandaban con sus lágrimas; pero recordaba que un dia oyó un ruido que le recordó el de aquella noche de desencadenada tempestad y preguntó:

—¿Son truenos, madre?

—Nó, hija mia; pero más valiera que lo fueran.

—¿Por qué, madre?

—Porque los hombres no se matarían.

La niña calló, porque, sin comprenderlas, le habian aterrorizado las pa-

labras de su madre. Aquel dia lo era de luto para la tierra. Los hermanos se mataban. Los desterrados se ocultaron en una especie de cueva y allí permanecieron acurrucados, silenciosos, el espanto en los ojos, que miraban sin ver. Oían el incesante estampido de la fusilería y el rugido de los cañonazos, repetido por los ecos de las montañas; eco fuerte al principio, que despues era ménos intenso y luego más débil; y parecia que el eco bajaba, bajaba hasta perderse en las profundidades de la tierra; como si el espíritu del mal se le llevara á los infiernos con el propósito de guardarlo y presentarlo como acusacion á los hombres el dia del Juicio. El paisaje no habia variado, pero en él no habia vida. Los pájaros volaban azorados y huían. El cañon rugia cada vez más cerca, y pasaron algunas balas silbando por encima de la cueva. Luisa recordaba haber visto caer una cosa negra, que ardia; al caer reventó y salió de ella un volcan. Luego oyó gritos espantosos y toques de cornetas y redobles de tambores y vió pasar muchos hombres á caballo, á todo correr, blandiendo sables. Al chocar los cascos de los corceles con las piedras, saltaban chispas, y la niña creyó que aquellos caballos eran demonios. Al llegar le noche cesó el fragor del combate, y Luisa, con sorpresa y espanto, se halló sola y lejos de la cueva, sin comprender en

aquel momento lo que habia pasado. Como aquella escena habia quedado profundamente grabada en su memoria, al cabo de algunos años quiso darse la explicacion de lo ocurrido. Recordó que en el momento de estallar la granada habia oido dos gritos, el uno débil como un quejido, el otro desgarrador, y que el pánico se habia apoderado de ella. Echaria á correr

maquinalmente, sin notar lo, y se halló sin sus padres cuando creia estar á su lado. Sus vestidos estaban manchados de sangre; y como la sangre espanta á los niños, comenzó á llorar, pero sin detenerse, porque por primera vez se hallaba sola y todo le asustaba. El cansancio pudo más en ella que el miedo, y acabó por detenerse; se echó en el suelo y se quedó

dormida, en un sitio que estaba sembrado de cadáveres que atestiguaban cuán reñido habia sido el combate. Despertó al amanecer y vió que habia pasado la noche reclinada la cabeza en la silla de un caballo muerto. Huyó, y al cabo de algunas horas la encontró una mujer que le hizo varias preguntas, á las que sólo pudo contestar Luísa con sollozos, pronunciando

palabras que se referian á sus padres y á hombres muertos. Aquella mujer, una pobre viuda, logró sacar en claro una cosa: que se trataba de una pobre niña abandonada ó estraviada. Le dió acogida en su misera casa mientras hacia investigaciones en averiguacion de quienes eran sus padres; pero como los resultados fueron negativos, se quedó con Luísa.

La viuda tenia dos hijas y se dijo que donde comen tres comen cuatro; pero era el caso que tres comian con dificultad y cuatro comieron sin conocer la hartura; pero comieron.

Hasta cumplidos los trece años estuvo con la viuda, á la que llamaba madre, y con sus hijas, que eran para ella sus hermanas; pero la buena mujer murió, y Luísa se



LUISA.

vió obligada á abandonar aquella casa, por no ser gravosa á sus hermanas, y entró en una alquería cuyas vacas apacentó. Al año de estar allí, un matrimonio madrileño, que fué á aquella comarca á pasar el verano huyendo de los calores de la villa y córte, se empeñó en tomarla á su servicio en calidad de niñera y al regresar á Madrid se llevó á Luísa. Como á los dos

años el niño estuviese crecido y la familia que la había tomado á su servicio tuviese más bien motivo de queja que de satisfaccion de la fortuna, indicó á la pobre jóven que buscara colocacion, lo que le hizo derramar amargas lágrimas, pues teniendo necesidad de amar, había concentrado su cariño en el niño. Supo que D.^a Gertrudis necesitaba una criada y fué á llamar á casa de D. Facundo, con el recelo de la inquietud de la que está sola en el mundo, en una ciudad como

Madrid, cuya numerosa poblacion y bullicio contribuyen á aumentar el aislamiento de la que no tiene padres á quienes confiar sus penas y sus alegrías. Cuando [D. Facundo supo la historia de Luísa, que le contó su esposa, dijo :

—He de confesarte, Gertrudis, que entre averiguar el paradero de los padres de Luísa y la época á que pertenece la moneda de Neron, optaria por lo primero.

TEODORO BARÓ.

EL VALOR DE LAS LÁGRIMAS.

De codos en la muralla,
buscando la soledad;
un pobre desesperado
rompió de pronto á llorar.
—«Están abajo los hombres,
dice, y Dios arriba está.
Amparo á los hombres pido,
sordos á la caridad;
elevo al cielo los ojos,
y aliento noble me dá.
Cuando inclino la cabeza,
doblado por el pesar
que me consume, mis lágrimas
al suelo rodando van.
Cuando levanto la frente,
sin miedo á la tempestad,
ruedan altivas y caen

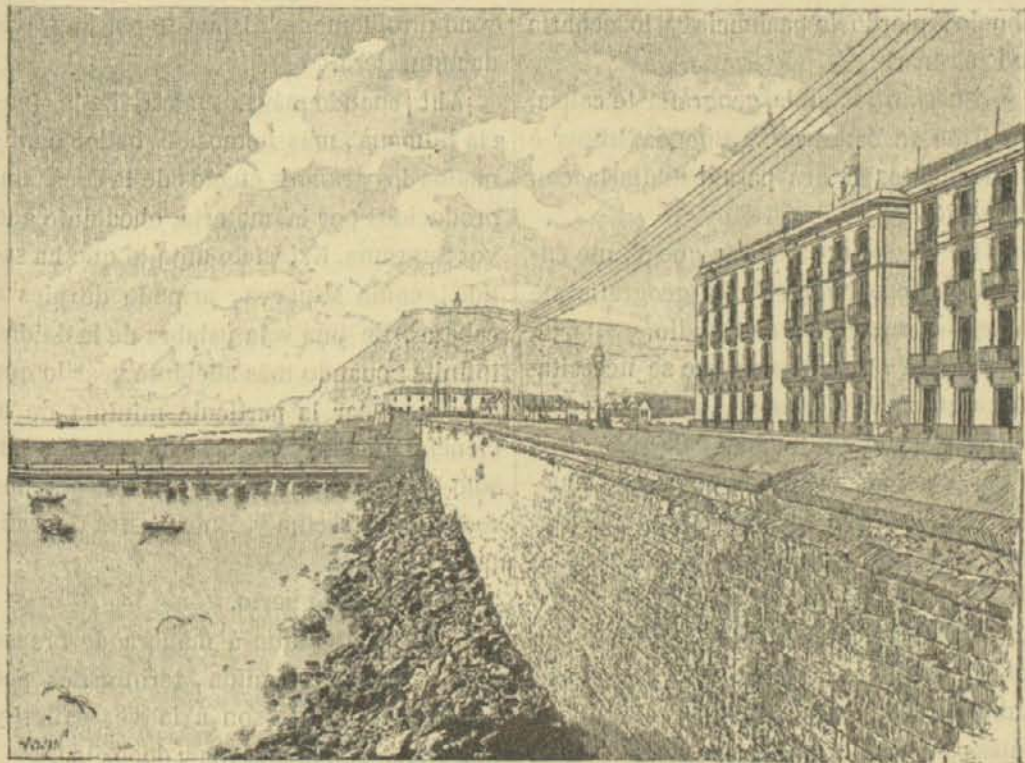
mis lágrimas en la mar....
¡Ah! ¿qué miro? Dios es bueno!
Cuando mis lágrimas van
á la tierra, en sucio fango
las miro al punto cambiar.
Pero las lágrimas puras
que el alma exhalando va,
se evaporan en el agua
y en perlas transforma el mar.»

Niño, á su pesar profundo
acaso no halle consuelo
quien le busca en este mundo,
pero le encuentra en el cielo.

TEODORO GUERRERO.

Enero de 1883.





(Muralla de mar, en Barcelona, hoy derribada.)

VIAJES PINTORESCOS.

(Continuación).

—¡No veo nada!...

—Es natural: se ha interpuesto un brick con velámen desplegado, en el punto en que se pierde el foco del lente, y el anteojo no puede servirte, si no le encoges acercando el punto objetivo.

—Es verdad: ese buque me impide ver todo el puerto, y eso que no es muy grande el maldito.

—Hijo, las pequeñas causas producen los grandes efectos: una mota en el ojo basta para cegar al más perspicuo de los humanos: suelta, pues, el anteojo y escú-

chame un rato, si no prefieres ir á jugar á los bolos en el jardín.

—De ningún modo; prefiero oír á V.

—¿Por qué? desearía saber la causa.

—No sé bien por qué, ¡pero me gusta tanto!

—Entonces ¿por qué no muestras más aplicación en el estudio de la geografía? Las esferas que te di están llenas de polvo y los mapas arrollados.

—Perdóneme V., abuelo, pero confieso que más me gustan los bolos que las bolas geográficas: si V. me explicase todo lo que no comprendo... pero cuando en-

cuentro una dificultad y no está allí mi abuelo, pierdo la paciencia y lo echaría todo á rodar.

—Pues, hijo, si la geografía te cansa, ¿qué no te cansará?... Buenos libros é instrumentos tienes para estudiarla con provecho.

—Es verdad, pero hasta que V. me explicó la importancia de la geografía no pude tomar afición á su estudio.

—Vamos, voy viendo que se necesitarán algunas conferencias para quitar el polvo de lo que tú llamas *bolas geográficas*, pero escúchame bien: ¿has visto aquellos infelices que á docenas van amontonados en un buque para trasladarse á tierras extrañas en busca de la fortuna ó de otra cosa peor? ¡cuántos de ellos van más por ignorancia que por pobreza! Si hubiesen podido instruirse cuando niños, quizás á estas horas estarían mandando el mismo buque en que van hacinados por caridad, en busca de lo desconocido!

—Tiene V. razón, abuelo: quitaré el polvo de las bolas y desarrollaré los mapas.

—Y tu inteligencia á la vez.

He de referirte como salí de este mismo puerto, embarcándome en una cáscara de nuez con rumbo hácia la Habana: mas ántes he de darte una idea del puerto en sus varios accidentes y en sus más salientes aspectos y utilidades.

Para refugio de navegantes se crearon los puertos, imitando con piedras y argamasa lo que hace la naturaleza agenciando ensenadas, radas y fondeaderos: los marineros de la más remota antigüedad observaban que la mar alborotada se aquietaba de pronto hasta convertirse sus aguas en las de un tranquilo lago: era que se hallaban dentro del círculo de una ensena-

da, puerto y abrigo natural, refugio seguro y admirablemente dispuesto por la provida naturaleza.

¡Ah! ¡cuando más nos maraville la ciencia humana, más hemos de hallar sublimados los grandes efectos de la Creación, producidos por la materia, obediente á la voz Suprema. Extasíate ante lo que ha salido, como Minerva, armado de piés á cabeza, de una sola palabra de la deidad infinita; cuando más adelante veas lo que cuesta poseer la partícula mínima de la ciencia humana, podrás comprender tan sólo la inmensa trabazón natural que nos rodea, nos fascina y... nos postra de rodillas.

Volvamos al puerto.

Esos muelles que á manera de brazos abarcan la zona líquida, terminados por linternas ó faros, son á la vez calles y murallas, embarcaderos y depósitos.

Al atracar un buque, cumplidas las prescripciones sanitarias, siempre prolijas y jamás inútiles, vése hormigear á su alrededor una multitud de personas de todas condiciones, unidas por una sola aspiración: la utilidad del trabajo.

Se echa el ancla, se amarran los cables á las fuertes argollas sujetas al piso del muelle, ó á viejos cañones, cuya recámara está enclavada entre las piedras, échase la palanca que une al muelle con la proa del buque en arribo, y, gracias al enjambre de trabajadores que, desde á bordo y en tierra, se mueven con actividad vertiginosa, pronto aparecen las diversas é innumerables mercancías de que el mónstruo marino llevaba repletas sus entrañas, y salen de las escotillas centenares de cajas, docenas de barriles enyesados, sacos á punto de reventar de puro llenos, fardos,

lingotes de metal, vigas, frascos y hasta frutas secas y verdes en profusion inexplicable, cual si del *mágico* sombrero de un prestidigitador hubiesen salido.

Durante algun rato estas mercancías que formaban la estiva del buque, están revueltas en confusion inexplicable: poco á poco, sin embargo, aquel hormiguero humano se despeja, los carros salen ya cargados en direccion á los docks, ó depósitos, se oyen ménos las voces destempladas de los capataces y faquines, y el rechinar de las ruedas de hierro de los carretones, y al cabo de no pocas fatigas y de algunas contusiones y otros percances ménos trascendentales, aunque curiosos de ver y llenos de enseñanzas, quedan los maniobrantes rendidos de fatiga, chorreando sudor, ansiosos de refresco, refugiándose en el vecino café, cuya entrada adornan dos figurones procedentes de las proas de los barcos pretéritos; allí beben el vaso de *feliz arribo* y cuentan á los camaradas de otros buques los encuentros en el mar y los lances de la terminada travesía.

Tus oídos no son apropósito para percibir y comprender el rudo y hasta grosero lenguaje de esos hombres; yo te diré únicamente que allí se charla por los codos y se cuenta el percance del grumete vestido de mujer que engañó á un cacique negro como la pez, la distraccion del capitán, que consistía en tirar al blanco sobre un tiburón pescado á costa de no pocos peligros, y en cuyo buche se encontraron tristes vestigios humanos; la hazaña del perro Moloso, poniendo en fuga nada ménos que á cuatro mil Pingüinos, ó Pájaros tontos, cosa que deja muy atrás el paso de las Termópilas y la retirada de los diez mil: el caso extraño de un pájaro que cayó sobre

cubierta estando allí el grumete, y del cual no se encontraron más que las plumas sobre el agua, al redor del barco... y qué sé yo que cosas más, verdaderas y falsas, rodeadas de humo de tabaco virginiano, tintineo de vasos y acompañamiento de puñadas formidables.

Más tarde cambia la escena: el café se queda sin gente: ni un alma dentro: el mozo ha barrido, el amo cobrado y los líquidos emboscados en sus barricas y botellas, están temblando por el saqueo que han sufrido: en efecto, la garganta del marinero no se sacia de líquidos y gaseosos: es cosa del oficio.

Bien puede perdonarse á los hombres de mar su falta de sobriedad; algunas veces el hambre y la sed les hacen purgar terriblemente su poca templanza: además, ¡es tan oscuro el horizonte para el explorador y el navegante de altura con rumbo desconocido! Muchos salen para América y mueren en las Canarias: otros salen deportados para islas inhospitalarias, pobladas por antropófagos, y los azares de la tempestad les llevan á risueñas playas, en donde sólo hay que alargar la mano para satisfacer un deseo.

El rumbo es incierto, la vida trabajosa: y si vés al marinero tendido sobre las candentes tablas de su buque, dormitando pesadamente, mientras rechina el maderámen y se balancea el enhiesto bauprés, adelantando sobre el muelle, piensa que aquel hombre ha debido trabajar y sufrir mucho para conquistar el descanso, y aún quizá en sueños se ve presa de la pesadilla de un naufragio...

JULIAN BASTINOS.

(Se continuará.)

LA GOTA DE AGUA.

CURSO Y PERIPECIAS MARAVILLOSAS.

EL mundo ha podido ser una gota de agua. Y si no creéis posible tal afirmación, leed lo que sigue y

vereis lo que hace una gota de agua: y no lo sabreis todo, ni yo, aun cuando lo supiera, podría deciroslo. ¡Grande ha de ser una cosa tan pequeña para confundir la inteligencia!

Esta dificultad os explicará la asombrosa grandeza del mundo visible, que es sólo un aspecto de los muchos que reviste: nosotros por el agua vivimos, del agua respiramos, por ella bebemos, nos nutrimos y existimos para nuestro provecho y el del prójimo.....

Héla aquí: ya cayó la gota sobre el papel: gota de rocío desprendida del pétalo de una rosa; perla, diamante esférico, hermosa miniatura, que, sin embargo, encierra todo un mundo de mónstruos, como no los hay

peores en el seno de los mares anchurosos.

El agua es un agente natural que pasa desapercibido por su misma grandeza: así

como el insecto apenas nos vé, creyendonos una montaña ó un accidente vivo revestido de colosales proporciones, el agua, que por todas partes nos rodea, está casi siempre oculta por su misma variedad y nos toca por todas partes, sin que apenas advirtamos su influencia.

¿Sentis vosotros el hervor de la sangre en nuestro cuerpo?. Pues figuraos que si nuestros oídos pudiesen percibir con una intensidad proporcional el ruido de



las innumerables máquinas que constituyen nuestro organismo, sordos habíamos de quedar cual el cuitado que se atreviese á escuchar una orquesta constituida por todos los músicos del Universo.— B.

AMOR MATERNAL.

SE ama á los padres, se ama al esposo, al hermano y al amigo, pero sobre todos estos amores, inmenso, infinito, absoluto, está el amor de una madre; éste es el verdadero, para él no hay sacrificio, humillacion ni peligro; no existe alegría sublime cual la suya, al contemplar las inocentes gracias de sus tiernos pequeños, y, si hay felicidad en este mundo, se encierra seguramente en el corazón de la madre, cuando, viendo compensados sus amantes desvelos, halla en los adorados y benditos ojos de sus hijos una mirada de cariño y en sus labios una palabra de respeto y amor. Siempre indulgente, halla disculpa para sus hijos; si pobre y desvalida, siempre encuentra medios, siempre recurre con que librarles del hambre y el frío, aunque para ello tenga necesidad del más heroico sacrificio. Todas las alegrías, todos los dolores, ora iluminan, ora destrazan el corazón de una madre. Dios en su santa justicia dió á la mujer, para compensar su debilidad, la fortaleza del amor materno, haciéndola mil veces más fuerte

y poderosa que el más valiente y arriesgado de los hombres.

Hasta en los seres irracionales existe grande y bello el amor de madre; ved las palomas ofreciendo en sus picos el alimento á sus tiernos pichoncitos, la gallina llamando á sus polluelos y partiéndoles los granos que han de comer, ó cubriéndolos á todos cariñosamente bajo sus alas, y por último la cabra que os seguirá impaciente do quiera que vayais, si llevais en los brazos la prenda querida de sus entrañas.



Si, nuestras madres siempre dulces y buenas son los ángeles que nos amparan en la tierra, sufriendo con nuestros dolores, ó gozando en nuestras alegrías; todos los felices seres que teneis madre, ya sabéis cuanto

amor, obediencia y respeto les debeis prodigar mientras existan; y despues..... despues consagradles el primer recuerdo en vuestras oraciones, que serán acogidas con bondad ante el trono del Supremo Hacedor.

ELOISA MORALES.

TATUAGE..... SALVAJE.

(El *tatuage* lo constituyen los signos y trazos que se hacen los indios en su misma piel, pintándolos luego de una manera indeleble.)

El tronco de los árboles
De este camino
Tiene un *tatuage* raro

Muy expresivo.

Son los signos bestiales
De hombres y niños,
Que firman con su pluma,
Que es un cuchillo.

¡ Hazaña grande !
Triste ejercicio,
¡ Un diploma de tonto
Darse a sí mismo !

T. T.

**SECCION DE DESARROLLO INTELECTUAL.****RETRATO HISTÓRICO.****¿QUIÉN SOY?**

Dióme la Frigia el sér, y hallé en Atenas,
Niño aún, el estigma del esclavo.
Esclavo, empero, me entregué al estudio,
Y el alma libre me llevó tan alto
Que un día, pregonándome en Atenas,
Pule este grito dar: ¿quién compra un amo?
Fuí libre, y á la corte los monarcas
Con solícito empeño me llamaron.
Mis lecciones el mundo recorrieron:
Hice reir, los vicios reflejando,
Y en fiel espejo retraté á los hombres
Tan fielmente que aún dura el retrato.
No perdoné avarientos usureros,
Ni pródigos, ni déspotas, ni vanos;
Burla burlando fustigados fueron
De la moral severa con el látigo.
Toqué en el corazon y en la cabeza:

No di reposo á hipócritas insanos,
Ni quedó espalda de mi mano libre,
Como fuese la espalda de un malvado.....
Mas los vicios cual víboras heridas
Contra mí su ponzoña concertaron;
Prepararon mi muerte..... y de una roca
Precipitarme al fin les fué otorgado;
Mas no extinguir mi nombre ni mi gloria,
Que agigantan los siglos á su paso.

PROBLEMA.

(5) Un comerciante ha visto que el oro tiene $\frac{17}{8}$ por 100 de beneficio: toma el que tiene en casa, vá á cambiarlo y le entregan 2000 rs. más de lo que llevaba: ajusta la cuenta, pero ha olvidado la cantidad que llevó en oro, y le parece que ya no la puede averiguar.

Se pregunta, ¿es posible averiguar qué cantidad en oro entregó.

Imprenta de Jaime Jeps, pasaje Fortuny (antigua Universidad)